



C U E N T O S

PARA
LA
ESCENA

Una vez más Merino Lanziloti nos ofrece su festiva y brillante literatura. Al igual que en su anterior obra, *Relatos de un Estudiante* (ya agotada), destaca en estos CUENTOS esa rara originalidad del autor para presentar en forma amena y sencilla tipos y situaciones que deleitan al lector con su gracejo y *do-naire*.

El mundo en que se inspira este joven escritor es el de su alrededor, al cual le agrega, con sorprendente habilidad, ese otro de fantasía que bulle en su cerebro, formando entre ambos fina y tupida urdimbre. Por eso, en el vivo y ágil diálogo de los personajes, hasta los entes de ficción hablan el lenguaje natural de la vida y se acoplan con vivo realismo al medio en que se mueven, de tal suerte, que hasta las escenas más faltas de realismo parecen verosímiles. Hay soltura y ritmo en los personajes, en las situaciones y, sobre todo, en las frases limpias y airosas, ajustadas de modo certero a las ideas.

La lectura de la obra se hace con placer, pues la simpatía de

(Sigue en la segunda solapa.)

(Viene de la primera solapa.)

los personajes cautiva desde el primer momento, resultando especialmente agradable el tono de rebeldía contra las conveniencias sociales que en cada uno de ellos obra por encima de todo otro afecto. Las pasiones usadas tradicionalmente en el teatro, como el amor y los celos, ni siquiera se tocan aquí, o se hace sólo de pasada. Merino tiende a la ausencia del juego de afectos.

Hay en esto una feliz coincidencia con el teatro de Brecht y de Sartre, dos de los autores más representativos de la corriente intelectual de nuestra época. Decimos coincidencia, porque nos consta que Merino no había leído a estos autores cuando escribió los CUENTOS que forman el presente volumen. Más bien hay que pensar que una tendencia espiritual predominante en los tiempos actuales influye decisivamente sobre los autores del momento, sean éstos maduros o jóvenes, y que Merino Lanzilotti es un escritor altamente representativo de los nuevos rumbos que toman los modos teatrales de nuestra cultura.

C. S. M.

CUENTOS
PARA LA ESCENA

IGNACIO CRISTOBAL MERINO LANZILOTTI

CUENTOS

PARA LA ESCENA



LIBRERIA DE MANUEL PORRUA, S. A.

5 DE MAYO, 49

MEXICO 1, D. F. 1963

Primera edición, 1963

Derechos reservados

Esta edición es propiedad del autor

Copyright © by

IGNACIO CRISTÓBAL MERINO LANZILOTTI

Queda hecho el depósito que marca la ley

IMPRESO EN MÉXICO

PRINTED IN MEXICO

A mis vecinos.

A MANERA DE PROLOGO

Estos cuentos amables y juveniles que he leído con particular atención, no comienzan en el cielo, comienzan en el haz de la tierra, y aunque en ellos juegue la imaginación, tienen por escenario el mundo maravilloso de un joven.

Cuantas veces quiero engañarme escucho la amistosa o lisonjera frase: su espíritu es juvenil. La vida trae sus propias razones y los adultos sabemos de sobra, que quien sale del mundo de los jóvenes, jamás vuelve a entrar a ese reino de la audacia, de la imprevisión y de la pureza de alma.

Un joven debe ser juzgado por otro joven, porque los que somos espectadores de la alegría juvenil, quisiéramos que ellos fueran como nosotros, convencencieros y egoístas para juzgar de las cosas del mundo. La fase más dramática de la vida de Jesús se sitúa en su juventud y si hubiera tenido más años, los Evangelios serían sin duda, inagotable fuente de sabiduría, mas carecerían de esa dulce fascinación de las cosas que los jóvenes saben hacer o decir.

En el teatro griego el discurso precedía al poema dramático y "se recitaba ante el público para dar noticias del argumento de la obra que se iba a representar", en él se involucraban las consabidas disculpas y demás explicaciones del autor.

Estos magníficos cuentos de Merino Lanzilotti están también precedidos de los pormenores de la

vida real que los envolvieron y su descripción la encuentro tan hermosa como los mismos cuentos.

La juventud es un estado del espíritu, polariza y recoge sentimientos que las palabras tratan de envolver. Hay cosas que los jóvenes saben decir, y hasta las propias penas se deslizan en un desfile interminable de los hechos de la vida cotidiana que deseáramos no pasaran nunca.

Estos diálogos tan ágiles, tan sutiles en ocasiones, graciosos e intencionados, muestran no lo que será, sino lo que es un joven dramaturgo que aún tendrá muchas ocasiones de quitarle un pedazo de gloria a la posteridad.

Los cuentos de Merino son para representarse y para leerse, pero sobre todo para hacer un hermoso y deseado viaje turístico al pasado.

Con esa fuerza de expresión que recoge detalles y sentimientos, diálogos de fuerza y sentido, escaramuzas de la vida, tiene Merino Lanzilotti todo un equipo, para lanzarse, en gestos de mayor audacia, hacia el mundo imaginario que trata de alcanzar.

Amable lector, en el libro de los proverbios, la Biblia aseguró que la alegría de la juventud es su fuerza. Y estos cuentos te han de proporcionar más de una vez, esa fuerza recóndita que atesora el alma de los jóvenes, y construye reinos de ilusión, como aquel Fra Angélico, que sin salir nunca de las rejas de su Convento de San Marcos, era un constructor de paraísos.

ANDRÉS SERRA ROJAS.

INTRODUCCION

Creo conveniente hacer unos comentarios sobre las obras que componen el presente volumen, especialmente para que aquellas personas que colaboraron conmigo en mi pequeño *teatro de papel* conozcan ciertos pormenores ocurridos cuando éstas fueron escritas y después de ser llevadas a la escena.

Empezaré por aclarar que cualquier semejanza entre mis personajes de fantasía y otros existentes en la realidad ha sido deliberadamente intencional. No quiero indicar con esto que únicamente me haya limitado a hacer biografías de determinadas gentes, pues no voy a darle a nadie la ocasión de que se ufane creyendo que me he concretado en exclusivo a la vulgar tarea de copiar fielmente su personalidad. Es decir, no he retratado a nadie en especial, sino, sencillamente, so pretexto de hacer una caricatura del mundo que me rodea, he criticado cuanto he visto, oído, tocado y respirado. Y si mis protagonistas asoman con una actitud desordenada, haciendo malabarismos por encima de las demás gentes y rompiendo principios y convencionalismos establecidos, ello se debe a la sana simpatía que siento por toda esa gente de carácter revolucionario y rebelde.

Asimismo aprovecho esta introducción para dar las gracias a todos aquellos amigos que me han obsequiado material para estas mis primeras obras, mostrándome las virtudes y debilidades suyas y de sus prójimos mientras me permitían observarlos en su auténtico diario vivir. Quizá he sido infantil, pues únicamente capté pequeños rasgos naturales y humanos, pero en ese momento me parecieron importantes.

Finalmente, pido una disculpa a mis confidentes por haberlos defraudado al no reproducir fielmente sus historias ni seguido sus sabias orientaciones, sino que en lugar de eso, me permití abusar de su confianza ridiculizándolos a ellos mismos y llevando luego sus caricaturas a la escena.

MI PRIMERA COMEDIA

LA COLONIA NÁPOLES Y LA IGLESIA DE SAN ANTONIO EN 1946

Primeramente nos situaremos en la colonia Nápoles, habitada en su mayoría por burgueses y burócratas de la clase media del México actual. Todavía muchos recordamos el aspecto que este lugar de la capital ofrecía hace algunos años con sus arboledas y llanos cruzados por estrechas calles, limitadas hacia el oriente con la avenida de los Insurgentes, al poniente por un río, y al sur con la plaza de toros más grande del mundo enclavada en el conjunto que estuvo a punto de ser la Ciudad de los Deportes. A lo lejos, por el norte, la silueta de la Ciudad sobresalía por encima de las ruinas de adobe de la hacienda de Guadalupe. Con el alba cantaban los gallos, ladraban los perros, trinaban los pájaros y pasaban los pastores cuidando sus manadas de vacas bajo un sol magnífico y un cielo transparente.

Las pocas casas del lugar estaban amuralladas como ciudadelas y las familias se recogían en la mayor intimidad. Había un molino primitivo de nixtamal y una panadería muy antigua; también un colegio teresiano de niñas y la capilla de San Antonio, templo humilde construido con vigas de madera y láminas de cartón. Y cuentan que los malhechores se guarecían a veces en el Santuario para hacer balance de su botín, hasta que un día, un fraile de San Francisco, enfrentándoseles pistola en mano, puso final a la violación del sagrado recinto.

LOS COLONOS SE ADAPTAN; EL MEDIO SUCUMBE

De pronto, aquello comenzó a cambiar, como si estuviera predestinado a estropearse. Cuadrillas de albañiles a manera de hormigas levantaron hacina- mientos de piedras que las gentes aún se atreven a llamar casas. Por el horizonte desembocaron carava- nas de imitadores de gitanos que invadieron con sus pertenencias hasta la sombra del último árbol. ¡En- tubaron el río! Cayó una plaga de agentes de las más variadas clases de instituciones y todo quedó envuelto por los servicios públicos que se enlazaron como telarañas. El sol del amanecer quedó oculto por un dique de edificios caprichosos. Ahora, el ho- llín y el polvo flotan en la atmósfera produciendo tonalidades de aurora boreal con el reflejo de la luz crepuscular; los pobladores han adquirido un tono na- salizado en la pronunciación del castellano; las plan- tas sufrieron una extraña metamorfosis, como si qui- sieran echar espinas en lugar de hojas; las inocentes vacas fueron atropelladas unas, y otras huyeron en estampidas; se convirtieron en jardineros los pa- cíficos campesinos, y las pastoras, acostumbradas a cuidar sus cabras, burros, marranos y guajolotes, mudaron su oficio al de nanas y cocineras sin nin- gún reparo. Sólo un grupo étnico no sufrió cambio alguno, ni en sus costumbres ni en sus viejas tradi- ciones: los paracaidistas de las barracas. Estos su- bieron sus jacalitos, que tenían en los agujeros de los hornos de ladrillo, a las azoteas de los edificios nuevos.

LA CALLE DE MILWAUKEE

Los llanos, transformados primero en muladares, luego en casas solas, y más tarde en edificios de

apartamientos, únicamente parecen haber aumentado de estatura. Pero ahora se hallan repletos de gentes, que, como enjambre de roedores, escarban y husmean por todos lados. Esta es la impresión que da la buena vecindad que se practica actualmente en la calle de Milwaukee, situada en el centro del barrio. Las gentes comienzan el día espiando tras las cortinas, y una vez informadas de que la familia adyacente cría perros que aullan por las noches en la azotea, o de que es la abuela güera, desnuda y sonámbula la que corre por el pretil dando gritos porque le duelen las muelas, irrumpen en la casa en turno a cualquier hora intempestiva o tienden una emboscada a los convecinos cuando estos asoman las narices a la calle con la intención de estornudar. El pretexto no importa, lo esencial, al igual que para los vendedores, es dar un paso dentro de esa casa; luego, con la habilidad de un ejército, se procederá a hacer un cateo general, aprovechando los menores descuidos de los propietarios, o por la fuerza si es necesario, para husmear en los closets, examinar la ropa de los cajones, sorprender a alguien bañándose, dar el visto bueno a la comida, adueñarse de algo valioso, limpiar los zapatos en las albombras, cepillarse los dientes y aplicarse en el cuello la loción francesa que, con el sello de fábrica, permanecía todavía cerrada adornando el tocador. Para entonces, el ama de casa se verá comprometida a ofrecer algunas pastas finas y una copita de jerez, animándole así el día a los invasores para que se instalen por tiempo indefinido, propiciando una insupportable conversación.

Por regla general, la persona intrusa suele ser del género femenino, quien en su interminable conversación, le recetará los medicamentos para los males en boga, sonsacará a las sirvientas, violará la correspondencia privada, se adulará a sí misma durante horas y mimará a los niños para que cuenten algo

comprometedor para la familia. Y, por fin, después de mudarse de faja en el pasillo que sirva de confluencia a varias puertas, se esfumará. Las víctimas desde ese día en adelante serán presa de incursiones similares por parte de los demás colonos; les darán su novatada y compartirán eternamente con ellos la intimidad.

LAS COSTUMBRES MÁS ARRAIGADAS EN LA COMUNIDAD

Los habitantes de la calle de Milwaukee conviven de una manera armoniosa y hasta son envidiados por las hordas subdesarrolladas colindantes. A cualquier hora del día uno puede ver a los niños de todas clases, tipos, gorduras, categorías y colores jugar y gritar juntos, sobre todo gritar, como si fueran hongos brotados en una misma maceta. Y lo más curioso del caso es que el medio los ha ido recorriendo con la misma tijera, por lo que "ninguno puede negar la cruz de su parroquia". Las señoras, damas de mucha alcurnia, son inmigrantes de diferentes puntos de la República y del mundo. También hay algunas autóctonas que por un golpe de suerte en la Lotería, o mediante alguna hábil maniobra, o bien trabajando, elevaron su categoría de paracaidistas a la de clase acomodada. De ventana a ventana, como princesas secuestradas, y con gritos inarticulados, igual que los vascos de las montañas, se cuentan sus respectivas desdichas y las de sus amigos; y lo hacen con tanta intensidad, que las casas tienden a juntarse estrechándose unas con otras y la callejuela a desaparecer. A veces la plática resulta tan emocionante, que las interlocutoras doblan los barrotes de sus balcones y saltan en ropas de dormir a encontrarse en el centro de la acera, donde se sientan a la oriental y organizan su chorcha que dura hasta bien avanzada la mañana. También se comu-

nican con señales de humo, a la manera de los pieles rojas, pero esto sólo ocurre cuando los maridos, hartos de comer infusiones de yerbas, encarcelan a sus esposas en la cocina. La abundancia de novedades impide que los pleitos internos lleguen a tomar serias consecuencias, y, por lo regular, todo el mundo convive con desprendimiento y verdadero afecto. Muchas veces las familias amanecen en las casas ajenas, a tal grado que algunos no recuerdan cuál es la suya. Se vive en una eterna fiesta de disfraces, y el Carnaval, las fiestas patrias y la Navidad apenas se diferencian de la vida cotidiana.

AMBIENTE DE TEATRO

Bajo las circunstancias antes señaladas era lógico que los niños aprendieran a representar y a hacer actuaciones como en cualquier clase intensiva de arte dramático. Al grito de: "¡Hija, ahí viene la vecina!...", la pequeña reacciona automáticamente escondiendo el teléfono debajo del colchón, y permanece inflexible ante cualquier súplica, jurando que su padre está en la cárcel, su madre en el hospital, las criadas en el salón de belleza y que les han cortado la línea por falta de pago; y, representando la misma comedia, desviará al agresor de todas sus miras.

Presenta todo ello un ambiente de tablas, en el que el llanto, la ira, la risa, el miedo, la violencia, los desenlaces inesperados, imperan de un modo natural. Asimismo contribuyen a este teatro espontáneo las caracterizaciones con manchas de *leaps steak* en el rostro y las gárgaras de crema de rasurar. Surgen los héroes arrojando navajas, los perros gigantes que recuerdan las emociones de la jungla, los *shows* de conjunto con toda la familia interpretando una bella melodía y el ballet de mazas en el que intervienen las sirvientas, el jardinero, el

perico, el gato y... hasta algún marchante que pase por allí.

Todas estas estrategias y mil inventos más resultan muy eficaces para ahuyentar a aquellos visitantes abusivos. Así, en este ambiente de verdad y mentira van ejercitando su ingenio los futuros artistas, alimentando un gusto especial por la ficción.

EL PEQUEÑO TEATRO DE PAPEL

En tan pintoresca calle nos tocó vivir a los miembros de mi familia durante algún tiempo. Fuimos pioneros de la colonización, y como al principio no teníamos otros niños con quien jugar, mis hermanos y yo nos entreteníamos en el jardín de la casa con todos aquellos recursos que nuestra imaginación infantil nos proporcionaba. Entre cohetes a la luna y otros fantásticos experimentos, tan reales para la infancia, pasábamos largas horas de disgusto y placer. Y un día nuestra imaginación dio un paso más y jugamos al teatro. Construimos un escenario con papeles de envoltura, le colgamos un telón de cortinas viejas y empezamos nuestras representaciones con firme vocación hacia el arte dramático. A nosotros se agregaron algunos de nuestros parientes, que dieron al elenco más vida y entusiasmo. Como imaginación no nos faltaba, llegamos hasta filmar una película titulada "Telo Comes contra el monstruo antiguo", en la que tomamos parte casi todos los miembros de la familia, algunas amistades y nuestro perro "Tiburón", compañero inseparable del grupo. Y como la película era muda, cuando la proyectábamos era necesario que asistiera toda la compañía para dar los efectos de sonido al natural.

Para la construcción del teatro de papel deshicimos el gimnasio de la casa; los espectadores se sentaban sobre la colchoneta de judo; los telones y el

marco pendían de las vigas del techo y estaban amarrados a las paralelas y espalderas; las actrices trepaban como moscas a sus camerinos, que estaban encima del armazón y del *puching back*, de donde varias veces se desplomaron con todo y escenografía; el foro lo hicimos con las duelas de la perrera y lo cubrimos con la zalea de Tiburón. Llevábamos de nuestra casa algunos muebles y objetos decorativos, piezas de vajilla y cubiertos, medicamentos sacados del botiquín, vestidos y trajes de nuestras mamás, alguna joya, etc. Y para los exteriores, arrancábamos plantas del jardín, metíamos carretadas de tierra y simulábamos lluvia con la manguera. También intervenían en las funciones toda clase de animales que teníamos a mano.

VICKY

Nos encontramos en enero de 1955. Apenas están barriendo las banquetas, aparece en la bruma la silueta de una niña rubia, atractiva y gorda, de nombre Vicky. ¿Qué es lo primero que a esta niña se le ocurre hacer? ¿Meterse a la casa de al lado? No, esta vez no es la casa contigua la que elige, es la de enfrente. Y ésta es la nuestra. Sin ningún motivo (no lo necesita) va a visitar a una de mis hermanas, la que más tarde sabrá corresponder a tanta atención con la misma inoportunidad. Vicky era una de esas niñas despiertas que se aumentan la edad hasta trece años cuando se pintan la cara, y hasta los doce cuando se hallan desarregladas. Su mayor don era y sigue siendo una especie de imán que atrae la atención de los demás. No había lugar donde no destacara y fuera celebrada, aunque esto a ella le tenía sin cuidado, pues estaba siempre tan embebida consigo misma que creía que el mundo giraba a su alrededor, y así nos lo hacía creer a todos. ¡También

se ponía pantalones!... Bueno, esto no tiene nada de particular, lo sobresaliente es la malicia con que la escuintla pretendía llevarlos. Además, estaba sumamente desarrollada, lo que le daba un triunfo señalado sobre las demás niñas, que parecían lagartijas. Por otra parte, lucía dos hermosos dientes de tuza y sus ojos eran... Lo cierto es que ya no recuerdo cómo eran sus ojos y lo único que me viene a la memoria es que ella los giraba como canicas mientras abanicaba rítmicamente los párpados. Acostumbraba a llevar los brazos armados con pulseras de muñeca a codo, y cuando conversaba daba puñetazos y hacía gesticulaciones extrañas, produciendo tintineos e hiriendo a quienes se hallasen junto a ella. Vicky y las "lagartijas" tomaban clase de baile en el garage de su casa; su atuendo consistía en mallas de colores, y verlas era más divertido que ir al circo: a unas se les caían los pantalones y a Vicky se le saltaba la barriga y terminaba tronándolos. Una vez nos reímos tanto del espectáculo cuando bailaban en fila, que la maestra de baile nos sorprendió fisgando a sus arañas danzantes desde un agujero que había en la puerta del garage y nos obstruyó la visión con un cartón.

En cierta ocasión, Vicky, muy arreglada, se arrojó a los brazos de una vecina y exclamó en sus tímpanos: "¡Ay, señora, béseme!" La dama, con el susto, dejó caer al suelo la jeringa con que estaba a punto de inyectar a su marido, un poco agripado, y la niña muy emocionada continuó: "¡Se me acaba de declarar un muchacho!..." Esto era mentira, pero la caterva de niñas, celosas, comenzó a mirar a Vicky con un desprecio que malamente ocultaba la envidia. Fue así como ella se convirtió en el personaje más comentado de nuestra comunidad, y las murmuraciones venenosas de las gentes le dieron categoría.

MI PRIMERA COMEDIA

Y observando diariamente lo que pasaba a mi alrededor, no se hizo esperar en mí la idea de llevar a la escena aquellos personajes con los que más convivía, y entre éstos el más destacado lo constituía Vicky, la niña más celebrada del vecindario, a la que ninguna barrera le impedía entrar en una casa y la única del grupo que había viajado por varios países y había sorbido la esencia de éstos en materia de vecindad.

Con “¿Qué esperas para salirte, vecina?” inicié mis cuentos en que traté de plasmar dicho ambiente. Esta fue escrita en muy poco tiempo y en ella vertí las ocurrencias de Vicky, que es el personaje principal. Lo mismo que en la realidad, también en la obra gira todo a su alrededor. Los personajes adultos apenas están dibujados, y debe suponerse que los silencios que ellos guardan tal vez encierran frases que yo no pude captar entonces.

LOS ENSAYOS

La obra quedó abandonada en un archivero por mucho tiempo, hasta que en una ocasión, al regresar de un largo viaje por América y Europa, sentí deseos de reconstruir mi vida infantil y de evocar aquella época en que jugábamos al teatrillo. Entonces fijé mi atención en esta comedia y decidí llevarla a la escena con la antigua compañía nuevamente reunida, y todos con entusiasmo comenzamos a ensayar.

Los ensayos se llevaron a cabo en la ex capilla de San Antonio, no precisamente en aquella capillita que he mencionado al principio, sino en una semejante que se edificó en la parte posterior para poder

levantar en lugar original la moderna iglesia, todavía en construcción, situada en la calle de Pensilvania. Ensayábamos en medio de un tumulto de gentes, que iban unos a practicar la doctrina, otros al dispensario de la iglesia, y otros más a las juntas del Centro Deportivo Cultural Nápoles, organizado por jóvenes de noble espíritu. De manera que mientras nosotros memorizábamos nuestros papeles, de un lado oraban y cantaban salmos, de otro los necesitados hacían una larga espera lamentándose, y por otro más había intentos de demagogia política, a la vez que los jóvenes jugaban con pelotas, corrían alrededor en bicicleta, gritaban, discutían de filosofía, se peleaban y formalizaban sus idilios. Se ensayaba con intensidad, pero era inútil, pues el reparto variaba todos los días. Parientes, amigos, fámulas, la quesadillera, el mozo, etc., desfilaron por los ensayos desertando pronto; hasta el perro Tiburón, que llevaba un rol importante, se extravió ocho días antes del debut.

EL ESTRENO

Por fin llegó la fecha fijada y la obra se estrenó tal y como se había anunciado. Fue uno de esos sábados en que las tolveneras poblaban la atmósfera con espectros de polvo. Las gentes, en su penosa caminata a la ex capilla, donde iba a ser la *première*, se vieron precisadas a esquivar los proyectiles que llovían del cielo, ya que la función iba a comenzar exactamente a la hora en que las amas de casa de los edificios de departamentos contiguos arrojan su basura a la calle, por lo que nadie, salvo en caso de fuerza mayor, se aventura a pasar durante esas horas por las banquetas. Como se habían repartido las invitaciones con ocho días de anticipación, acudió una gran cantidad de público; unos impulsados por

la curiosidad, otros atraídos por el ansia de divertirse a costa de todo, y otros más con la intención de sacar alguna ventaja en medio de la confusión. Imperó un ambiente entre mercado, romería y tribunal que no llevaba intención de perdonar nada y parecía estar dispuesto a hacer justicia en el mismo lugar de los hechos. Las actrices, con una visión futurista, habían usado seudónimos, y en un alarde de temeridad se presentaron a actuar, aunque tarde, como en cualquier fiesta y saludando a la concurrencia en los pasillos.

Para colmo de males, un ciclista de por allí recargó su bicicleta sobre unos cables de electricidad luidos y produjo un corto circuito que dio la impresión de fuegos fatuos, fundiendo las instalaciones de las diabras y candilejas y dejando a oscuras los camerinos improvisados. Sólo las luces del público se salvaron, y como penetraban a través de la enorme garra rojinegra que habíamos cosido para telón, todo el grupo subimos al foro para maquillarnos y ponernos en traje de carácter, aprovechando la claridad que se filtraba. Desde allí, sobrecogidos, veíamos cómo un mar de fauces coronadas por pelucas y calvas se desbordaba desde el portón llenando la sala, mientras el barullo aumentaba con la humareda y los olores. Casi cuatrocientas cincuenta gentes de nuestra mejor estima nos tenían acorralados y ya no había manera de evadirnos ni de suplicar perdón. Todos los actores, enloquecidos por los nervios, pretendían memorizar sus diálogos a última hora y aún faltaba suplir a un actor: el perro. Casi estuvimos tentados de lanzar en la escena a un bolero con un libreto en la mano para que desempeñara el papel; pero milagrosamente, una amiga de mi mamá, informada de nuestra desesperada situación, llegó muy a tiempo dejándose arrastrar por su monstruoso perro boxer de setenta y dos kilogramos, para que hiciéramos de él el uso posible. Un sujeto reparó

los desperfectos eléctricos y, sin previo aviso, apagó la sala e iluminó el foro de manera que el telón de color huelga se transparentó al revés, mostrando al auditorio el grupo de jovencitas en paños menores, que gritaron virginalmente al unísono y, coreadas por las carcajadas del gentío, se arrojaron de bruces al suelo.

SE ABRE EL TELÓN

Finalmente, después de tres cuartos de hora de espera cortés, la turba, ya exasperada e instigada por una espectadora inquieta, comenzó a patear el suelo en una forma violenta, y temblorosamente corrimos el telón. La espectadora inquieta era nada menos que Vicky, la cual había sido informada de lo que se estaba tramando sobre ella y había dejado sus compromisos para plantarse amenazadora en primera fila, luciendo un novedoso vestido. Y se dio principio a la representación con resultados inesperados. La gente estaba para divertirse y explotaba hasta la más insignificante falla para lograr su deseo; y los artistas, con mucha filosofía, se contagiaron y siguieron el mismo sistema, dialogando inclusive con algún espectador original que lanzaba a gritos cualquier ocurrencia.

La aparición en escena del perro "Toofy" produjo en todos los rostros y ánimos el impacto que habría causado la entrada de un león hambriento. Para meterlo al escenario, le habíamos arrojado un pedazo de carne, pero el problema después fue sacarlo. Las actrices, que en su vida habían visto un animalazo semejante, estaban muertas de miedo y no se atrevían a moverse y mucho menos a echarlo fuera. Una muestra elocuente del terror que nos embargaba fueron los aspavientos del infeliz apuntador, cuyo rostro se reflejaba en el espejo de uno de los mue-

bles del escenario. Sucedió entonces que llegó el esposo de la dueña de la fiera, y ésta (me refiero al perro), con gran realismo y sin importarle las reglas del teatro, se abalanzó por encima de los espectadores al encuentro de su amo, llevándose de corbata a la niña que hacía de sirvienta. Hubo un alarido por parte de la masa y quedaron rotas las barreras ilusorias que debe haber entre el artista y el público. Tal vez a ello se debió el abuso que los espectadores confianzudos cometieron luego, interviniendo en la representación y acarreando el maquillaje, los objetos de ornato, muebles pequeños, prendas particulares de los actores y las sobras de los guisos ingeridos en escena.

En los entreactos, mi prima Maribel, pintada de negra, hizo números de fonomímica y de vedette, siendo la más festejada de la noche. También un amigo se presentó vestido de charro y cosechó muchas ovaciones cantando ranchero. Y pese a tantas desfiguraciones, la obra gustó y fue muy aplaudida.¹ Al final sonaron vivas y bravos, hubo porras y lanzamiento de flores e inmundicias, y la fiesta daba visos de seguir hasta la madrugada. Pero cuando la gente se disponía a bailar y el jolgorio llegaba a su clímax, los miembros del Club Nápoles, no conformes con haber cobrado a los asistentes consumo mínimo por sentarse, cercaron a los invitados con unas charolitas a la manera tradicional, exigiéndoles una generosa cooperación. Con ello cesó la euforia y la multitud, asustada, se dio a la fuga.

LA EXPERIENCIA

Cuando todo el mundo se hubo ido, quedando solos en aquel salón mis padres, mis hermanos, el

¹ Periódico *Ultimas Noticias*, 10 de febrero, 1959.

jardinero de la casa y yo, comprendí que el estreno de mi primer cuento únicamente podía calificarse como una experiencia; mi primera experiencia.

Pero no lo pude meditar mucho; era necesario restituir a la Iglesia de San Antonio las sillas de hierro que los padres franciscanos nos habían prestado para la representación y que ellos utilizarían en la primera misa del domingo. Todos estábamos cansados, pero había que devolver esas sillas, pues se habían ido todos los que podían hacerlo; de manera que toda la familia tuvimos que dedicarnos a llevarlas. Y no acabaron ahí las consecuencias del estreno. Una semana entera no bastó para desmontar escenografías, conexiones, telones, recoger muebles y devolver a cada quien lo suyo. Además hubo una serie de reclamaciones por parte de la gente: madres que se quejaban del nuevo tren de vida que habían adquirido sus hijas desde los ensayos; personas que nos reconocían en la calle y nos presumían de sus glorias en alguna carpa, niños que nos gritaban cosas, etc. Todo eso, sin embargo, originó el incentivo que más tarde haría nacer en nosotros el gusano del teatro.

UNA ÉPOCA DE TEATRO INFANTIL

Actualmente, cuando hojeo esta comedia, siento una grata satisfacción, no sólo porque inició una época de teatro infantil y juvenil en la colonia Nápoles, sino también porque la considero la más auténtica de mis obras. Y es por eso que ahora la publico, depositando en ella la misma confianza y entusiasmo que cuando la estrené a los dieciséis años y cuando la escribí a los trece.

**¿QUE ESPERAS PARA
SALIRTE, VECINA?**

Cuento en cuatro actos estrenado en la ex capilla de San Antonio de la colonia Nápoles, en México, el día 31 de enero de 1959.

PERSONAJES

| | |
|----------------|---|
| DOÑA MANUELA, | señora de la casa. |
| DOÑA CONCHA, | amistad de la familia De la Calle. |
| VICKY, | niña de once años, vecina y amiga de Titina. |
| HERODES, | perro grande de aspecto feroz. |
| MARÍA, | sirvienta, de corta edad. |
| TITINA, | hija mayor de don José y de doña Manuela, de doce años. |
| DON JOSÉ, | jefe de familia, esposo de doña Manuela y padre de Titina y de Juanito. |
| JUANITO, | el hijo consentido, de siete años. |
| EL ABUELO, | padre de doña Manuela. |
| DON PANCRACIO, | el jefe de oficina de don José. |
| DOÑA LEONOR, | mujer aristocrática, esposa de don Pancracio. |
| TERESITA, | hija de los últimos, de doce años también. |
| THOMY, | gringo, güerejo, de edad indefinida y de aspecto también indefinido. |

LA ACCIÓN EN LA CIUDAD DE MÉXICO, 1955

Acto primero, UNA MAÑANA DE DICIEMBRE EN CASA DE LA FAMILIA DE LA CALLE.

Actos segundo y tercero, LA VÍSPERA DE NAVIDAD EN LA TARDE.

Acto cuarto, A LA HORA DE LA CENA DE NOCHEBUENA.

ESCENOGRAFIA

Sala comedor en una casa de un solo piso, amueblada con sencillez. En el extremo derecho hay un marco que comunica la sala con un vestíbulo donde está la puerta de la calle. En el vestíbulo, en primer término, destaca una mesita con un jarrón chino encima. Al extremo izquierdo, junto al comedor, está la puerta de la cocina, y más atrás hay un pasillo que lleva a las recámaras. Al fondo, una ventana grande desde la cual se ven los árboles de la calle.

ACTO PRIMERO

UNA MAÑANA DE DICIEMBRE EN CASA DE LA FAMILIA DE LA CALLE.

ESCENA I

Son las doce del día. Dos mujeres de mediana edad, DOÑA MANUELA Y DONA CONCHA, viejas amigas, platican sentadas en el sofá. DOÑA CONCHA teje un suéter de lana.

MANUELA.—Claro está que después de ese engaño tuve que decirle a María que dejara de sacar a la calle al niño. Desde luego que a José no le va a caer muy en gracia que digamos, pues el que salió pagando las consecuencias fue el pobre de Herodes.

CONCHA.—¿Herodes?

MANUELA.—Sí. ¡Pobre inocente; quedó arruinado su paseo matinal!

CONCHA.—¡Ah! (*Ambas siguen tejiendo en silencio hasta que, de pronto, se oye un ruidazo y los gritos de una muchacha.*)

VICKY.—(*En la calle suena su voz.*) ¡Vengan, vengan a ver! ¡Vengan!...

CONCHA.—¿Qué pasará?

MANUELA.—¡Oh, no!...

CONCHA.—¿Quién grita?

MANUELA.—¡Uf, mi tragedia!... ¡nuestro martirio!

CONCHA.—¿Quién?

MANUELA.—La vecina de enfrente... ¡Estoy que ya no la soporto! ¡Uf! Hace apenas dos meses que se mudaron a vivir a esta calle y no hay día que no venga de visita.

CONCHA.—¡Pero qué encaje!... ¡Qué educación de señora!

MANUELA.—No, si la señora es muy decente; a quien no soporto es a la pequeña. Entra a la casa como a la suya, al grado de que los demás vecinos no saben ya en cuál de las dos casas vive. Sólo le falta tener la llave de la puerta.

CONCHA.—¡Qué descaró! Pues usted, aunque quede mal, no le permita venir más. ¡Parece mentira que su mamá la deje salir a toda hora!...

MANUELA.—Por mí nunca hubiera puesto un pie aquí, pero es que ha hecho mucha amistad con Titina.

CONCHA.—Pues yo que usted... (*Va a decir algo cuando entra la vecina.*)

ESCENA II

Dichos y VICKY, que entra por el vestibulo pavoneándose y jalándose las pulseras desde la muñeca hasta el codo.

VICKY.—Buenos días, doña Manuela. (*¡Cataplum!... Al pasar tira al suelo la mesa con el jarrón, que se rompe. Se dirige a darles la mano.*)

MANUELA.—¡Mi jarrón chino!...

VICKY.—No se moleste, señora, la criada recogerá los pedazos (*DOÑA MANUELA se queda como alelada.*) Buenos días, señora doña Concha, ¿qué dice el mango de su hijo? (*Ruborizándose.*) A ver si me lo va pasando.

CONCHA.—¡Qué niña, qué niña!... Y tú, ¿cuántos años tienes, niña?

VICKY.—¡Señorita!..., con el perdón de usted. Tengo trece años. (*Mirando para otro lado.*) Tití, ¿dónde andas?

CONCHA.—(*Algo irónica.*) ¿Y a qué escuela vas tú... señorita?

VICKY.—¡Ay, señora! Estamos de vacaciones. ¡Cómo se atreve a recordarme las cosas tristes! Además, como reprobé el tercero, ya no me acuerdo. Tití, pícale, es urgente.

CONCHA.—Bueno, sea cual sea tu escuela, ¿cómo es que te permiten hablar de ese modo?

VICKY.—Ay, señora, pues yo pienso que como a nadie ofendo, ¿qué de malo hay si tengo la suficiente cultura y educación que me da campo a ser así? (*Pa-voneándose.*) Tití no seas boba, te estás perdiendo algo formidable, ¡pícale!

MANUELA.—¡Oh! ¡Qué escuintla!...

CONCHA.—Bueno, yo creo sería conveniente que...

VICKY.—(*Cortándole la palabra.*) Oiga, doña Manuela, ya no aguanto, voy a buscar a su hija. (*Corre a las recámaras.*)

MANUELA.—¡Espera!... ¡Oh, qué niña; va a acabar con la casa!

CONCHA.—Estas niñas modernas son un caos. Verdaderamente compadezco a los muchachos. Hablan como señoritas, se sienten niñas y se chiquean; son vulgares y actúan como locas ¡Bah!

MANUELA.—Son de locura, en verdad. (*Mientras, entra el perro corriendo por el pasillo de las recámaras y le lame las manos a DOÑA CONCHA, quien pega un alarido de espanto y avienta la costura por los aires y se queda inmóvil.*)

ESCENA III

Dichos, MARÍA, TITINA y HERODES

MANUELA.—¡Ay!... (*Se levanta muy molesta y algo temerosa. Llama a la criada.*) ¡María, ven acá!

MARÍA.—(*Viene de prisa, toda cansada.*) ¡Señora!

MANUELA.—María, llévate a Herodes. ¡Cómo es que lo han dejado bajar de la azotea cuando hay visita! ¡Llévatelo enseguida!

MARÍA.—Ay, señora, perdone usted; pero es que la niña Victoria anduvo buscando a la niña Ernestina por toda la casa y, como no la hallaba, subió a la azotea y dejó la reja abierta. (*Ya tiene al perro agarrado del pellejo.*)

MANUELA.—¿Ya la encontró? ¿Dónde está Titina?

MARÍA.—Sí, señora, la encontró en el baño.

MANUELA.—¡Uf, qué niña! Mira llévate al perro inmediatamente y regresa enseguida para barrer ese jarrón. (*Entran VICKY y TITINA, que viene en bata, peinándose y con un pasador en la boca. VICKY la viene jaloneando.*)

VICKY.—¡Qué pasa! ¿Por qué tanto grito? (*Ve al perro y a DOÑA CONCHA que sigue como desmayada.*) ¡Ay, vaya! ¡Qué señora, ni aguanta nada! (*Se dirige al florero y saca las flores, se acerca a DOÑA CONCHA con el florero y le arroja el agua encima.*)

CONCHA.—(*Se da cuenta a tiempo y se tira al suelo; el agua se derrama sobre el sofá.*) ¡Ay, Dios mío!...

MANUELA.—¡El sofá! Se echará a perder el tapiz.

VICKY.—No importa, señora, yo le regalaré otro el día de su santo. (*MARÍA se distrae y suelta al perro, que se lanza sobre DOÑA CONCHA.*)

CONCHA.—(*Gritando mientras el perro la revuelca por el piso.*) ¡Ay, ay, quítenmelo!... ¡Quítenmelo!

(Al oír los gritos, todas se vuelven con rapidez y MARÍA pesca al perro de nuevo y se lo lleva a la fuerza.) ¡Auxilio!... (DOÑA CONCHA, como loca, trata de huir hacia la calle y se estrela contra DON JOSÉ, que viene entrando.) ¡Qué horrible!... (Se va dando alaridos.)

ESCENA IV

DOÑA MANUELA, VICKY, TITINA y DON JOSÉ.

DON JOSÉ.—(A su mujer, muy azorado y adolorido por el golpe.) Pero, ¿qué pasa?

VICKY.—(Aturdiéndolo y sin darle tiempo a nada.) ¡Buenas tardes! ¿La deja venir, señor, sí?... ¡Sí, sí, sí! ¡Ay, sí! Sí, vente, Titi, vámonos.

DON JOSÉ.—¿Adónde?

TITINA.—No sé, papá.

VICKY.—Aquí nomás, afuerita en la calle.

DON JOSÉ.—¿Con esa ropa?

VICKY.—¿Qué tiene de malo? Está muy al natural.

MANUELA.—¡Sí, como ostión en su concha! (Rendida, se mete a la cocina.)

DON JOSÉ.—(Enojado.) ¿Y adónde quieres ir?

VICKY.—Aquí nomás, cerquita, señor. A la esquina ¿eh? Vente, Titi. (La lleva a la puerta.)

DON JOSÉ.—¿A la esquina? ¿A qué diablos?

VICKY.—Ay, señor, algo reteemocionante. Figúrese que chocó un camión materialista con un Colonias Especial.

DON JOSÉ.—¿Qué?

VICKY.—Y hay como diez muertos y mujeres y niños heridos. ¡Algo fantástico! Andale, vente, Titi, o se nos acaba la variedad, pues ya llegaban las cruces cuando yo venía para acá. Bueno, gracias, don José. (Echan a correr.)

DON JOSÉ.—Pero ¿qué? . . . (*Da la vuelta muy atarantado y sale tras ellas gritándoles:*) ¡Regrésense, locas! (*A poco, vuelve solo y de un humor negro.*) ¡Manuela, María, vengan pronto!

ESCENA V

DON JOSÉ, MANUELA y MARÍA *que vuelven. Luego suenan unas voces.*

MANUELA.—¿Qué pasa? (*Descubriendo que ya se han ido las niñas.*) ¡Cómo!, ¿las has dejado ir así?

DON JOSÉ.—Sí, echaron a correr; cuando salí a buscarlas a la calle ya no estaban.

MANUELA.—¡Oh, no! . . . ¡Siempre se han de salir con la suya! . . . Anda, María, tú que corres rápido, sal a buscarlas y tráete a Titina aunque sea de los pelos.

MARÍA.—Sí, señora, no tardo. (*Sale.*)

MANUELA.—Qué tonto eres; te has dejado atarantar por esa escuintla.

DON JOSÉ.—Pero comprende; vengo de la oficina a descansar a mi casa, y me topo con doña Concha que sale de aquí gritando como loca y me da un empujón que por poco me tira. Luego me encuentro la casa hecha un desbarajuste y a tu hija en bata con el programa hecho para ir a la calle con la vecina a ver un choque aparatoso. ¡Es el colmo! ¡Y todavía me llamas tonto! . . . ¡Haz el favor de controlar tú a tu hija, ya que yo no tengo ni tiempo ni ánimos para hacerlo!

MANUELA.—Está bien, no te preocupes más; olvídale. En realidad nuestra hija es dócil, pero es imposible controlarla cuando viene la vecina.

DON JOSÉ.—¡Cómo es posible que esa niña esté aquí metida a toda hora! . . . No hay instante en que no me la encuentre; es algo agotador. ¡Prefiero cien

veces la oficina! ¡Esto no es un hogar, es el circo de la vecindad!

MANUELA.—Yo creo que ya es tiempo de poner punto final a esto, estamos pasando por una crisis inaguantable.

DON JOSÉ.—¡Cómo tardan María y esa niña! ¿No les habrá pasado algo?

MANUELA.—Todo es posible con esa vecina locuita.

DON JOSÉ.—¿Y Juanito?

MANUELA.—Ha salido con el abuelo a ver las fieras de Chapultepec.

DON JOSÉ.—¿Y por qué no lo llevó hoy María?

MANUELA.—Mira, tú recuerdas la última vez que salió María con el niño... Pues este se empeñó tanto en llevarse un juguete de la tienda de enfrente, y como no lo consiguió, agarró a patadas a un pobre hombre que andaba de Santa Claus; y, mientras María sujetaba a Herodes, rompió el cristal del aparador y regresó acá corriendo, escondiéndose cuando María lo buscaba como desesperada.

DON JOSÉ.—¡Mmmmm!... Ataques similares a los del abuelo.

MANUELA.—Qué, ¿te propones ridiculizar a papá? Dirás similares a los tuyos.

DON JOSÉ.—Bueno, bueno, no te enojés más.

MANUELA.—Pero no es eso lo que me disgusta de Juanito, sino que además me miente.

DON JOSÉ.—Válgame Dios, ahí se nota ya la influencia de la escuela. ¡Tz! ¡Tz!...

MANUELA.—¿Sabes lo que me dijo al entrar?

DON JOSÉ.—No.

MANUELA.—Pues que Herodes había lastimado a un pobre señor que andaba de Santa Claus y que María había roto sin querer el aparador de la tienda al aventar una piedra para espantar al perro. (DON JOSÉ *contiene la risa.*) ¡Tienes que regañar al niño seriamente!... ¡Todo el mundo lo ha de consentir!

DON JOSÉ.—Tal vez lo que necesite es una azo-
taina.

MANUELA.—Bueno, pero no vayas a ser muy se-
vero con él. (*De pronto se oyen muchas voces. Todo
el vecindario está en la calle.*)

VOCES.—¡Mátenlas!... ¡Ja, ja, ja!... ¡Mátenlas!
¡Ja, ja, ja! ¡Mira al hada de los beduinos!... ¡Ja,
ja, ja!... ¡Condenadas locas! ¡Ja, ja, ja!...

DON JOSÉ.—(*Asomándose a la ventana.*) Creo que
ya llegaron las niñas. (*Los dos se dirigen apresura-
damente al vestíbulo para abirles la puerta.*)

ESCENA VI

*La escena se queda sola y se oyen los gritos de
afuera. Entran DON JOSÉ, DOÑA MANUELA, MARÍA,
VICKY y TITINA. VICKY y MARÍA vienen golpeadas
con zapotes; TITINA sangra de la cara.*

DON JOSÉ.—¿Ya ven? ¿Pueden decirme lo que ha
pasado?

MARÍA.—(*Chillando.*) ¡Ay, señor, hubiera visto la
de albañiles que me persiguieron!... ¡Ay, ay, ay!
(*Se soba la espalda.*) ¡Bu, bu!...

VICKY.—(*Es la que viene menos herida.*) ¡Hu-
biera visto, señor, cómo se arremolinaba la plebe en
torno nuestro! Todos los curiosos que había en el
lugar del choque nos vinieron correteando y dejaron
el lugar vacío.

TITINA.—¡Ay, me duele la cabeza! Toda la broza
nos vino acosando hasta la puerta.

MANUELA.—¡Válgame Dios! ¡Ya lo decíamos!...

VICKY.—Ya lo decía yo también, que su hija es-
taba muy llamativa; y con esa bata, creación sal-
chicha, se veía muy indecente. ¡No sé cómo se le
pudo ocurrir salir así a la calle! ¡Ni pudimos apreciar
el accidente! Yo no sé por...

DON JOSÉ.—(*Cortándole la palabra.*) Mira, chiquita, ahora vete a tu casa a que tu mamá te cure. (*La empuja y sale con ella.*)

MANUELA.—Vénganse para acá, tienen que curarse sus heridas. (*DON JOSÉ regresa solo y se van todos para las recámaras.*)

ESCENA VII

Se oye una boruca horrible en la calle y suena un portazo. VICKY vuelve a aparecer y, asustada, coge el teléfono.

VICKY.—¡Bueno!... ¿Eres tú, papi? Mándame una "comandancia" de uniformados a la casa de mi vecina Titina... No, es que hay una sublevación aquí en la puerta y nos tienen sitiados, no nos dejan salir y están apedreando la casa... No, papi... luego te explico. Date prisa, antes que nos agarren prisioneros... Sí, papi. Bueno, adiós. (*Cuelga y se sienta tarareando un rock and roll. De repente, se para y va a asomarse a la ventana. Nuevamente se oye muy fuerte la bronca, entran piedras por la ventana y VICKY las esquivo agachándose. Se oye una sirena de una patrulla de policía, el ruido se hace espantoso, suenan balazos... Luego, reina el silencio y se oye el ruido de la sirena que se aleja. Durante todo el tiempo VICKY expresa con gestos lo que pasa, y al terminar el escándalo mira al público y sale corriendo de la escena.*)

ACTO SEGUNDO

OTRO DÍA EN LA MISMA ESTANCIA

ESCENA I

Son las tres de la tarde. Llega JUANITO en pantalón corto trayendo cinco globos, chocolates, paletas y caramelos. Detrás viene DON JOSÉ cargado de regalos que deja sobre el sillón. Luego, DOÑA MANUELA y TITINA por la cocina.

DON JOSÉ.—Ya estarás conforme.

JUANITO.—Sabes, papá, estoy pensando que hubiera sido mejor que en lugar de la bicicleta me hubieras comprado el cochecito de motor.

DON JOSÉ.—¡Bueno, esto es el colmo!

MANUELA.—(*Entra con TITINA.*) ¿Compraste los regalos de Navidad? (*JUANITO se esconde tras el sillón.*)

DON JOSÉ.—Sí, fue lo primero que hice.

TITINA.—¡Ay, cuántos regalos de Navidad, papá! ¿Cuál es el mío? (*Intenta coger uno.*)

JUANITO.—(*Le da un manotazo.*) ¡Deja, son míos!

MANUELA.—¡Niño, estate quieto, no son todos para ti!

JUANITO.—Sí, son míos, verdad papá? (*DOÑA MANUELA y TITINA miran fijamente a DON JOSÉ.*)

DON JOSÉ.—Sí, todos son de él.

MANUELA y TITINA.—¿Todos?

DON JOSÉ.—Sí, sí, todos.

MANUELA.—¿Y qué le vamos a dar a tu jefe y a

su esposa hoy? Recuerda que van a venir a la cena de Navidad y que tenemos que tratarlos bien para que don Pancracio te aumente el sueldo. ¡Válgame Dios! Tenemos que ir Titina y yo a comprarlos ahorita; y apenas nos queda tiempo. (*Se quita el delantal.*)

DON JOSÉ.—No, espera, no te precipites; los regalos de ellos los dejé en la oficina y dentro de una hora van a traerlos.

MANUELA.—¡Ah, bueno! ¿Y cómo es que le has comprado tantos regalos al niño? Ni los va a aprovechar, hay que devolverlos.

JUANITO.—¡No, no quiero! Además, en la tienda que los compramos no admiten devoluciones.

TITINA.—Es mejor que nos vayamos a comer, mamá.

MANUELA.—Tienes razón (*Llamando a la criada.*) María, ven. (*A su esposo.*) José, ayúdame a poner junto a la mesa el sillón de papá, por favor.

TITINA.—A mi abuelito sólo le gusta sentarse allí, ¿verdad? (*DON JOSÉ coloca el viejo sillón junto a la silla de DOÑA MANUELA y todos se sientan a la mesa.*)

ESCENA II

Dichos y MARÍA, después, VICKY; luego, EL ABUELO.

MANUELA.—(*A MARÍA que viene de la cocina.*) Mira, María, llama a papá y sírvenos la comida.

MARÍA.—Sí, señora. . . (*De mal genio regresa a la cocina.*)

DON JOSÉ.—¿Qué le pasa a María?

MANUELA.—No sé, hace días que así se comporta.

TITINA.—Yo creo que es porque ya tiene novio.

JUANITO.—¡Qué va! Lo que tiene es rabia.

TODOS.—¡Rabia!

DON JOSÉ.—No, Herodes no la ha mordido; nos lo hubiera dicho.

JUANITO.—¡No! ¡Ja, ja, ja!... No me entienden. A quien le tiene rabia es a tu amiga Vicky.

TODOS.—(*Se santiguan.*) Nosotros también.

JUANITO.—Sí, pero ella más. Compréndanla, todo el día la tiene subiendo y bajando la escalera de la azotea para abrir la puerta, ya que no hay día que deje de venir y entrar y salir cada media hora. (*Suena el timbre y MARÍA cruza la escena y va a abrir la puerta.*)

MANUELA.—Es verdad, ya van tres timbres que nos descompone.

DON JOSÉ.—Dios quiera que...

VICKY.—(*Entrando.*) ¡A que hablaban de mí! Buenas tardes, señor, buenas tardes, señora; ¿quiubas, Titi? (*Se va a sentar al sillón del ABUELO y toma una manzana. MARÍA entra en la cocina.*)

DON JOSÉ.—¿Qué no vas a pasar la Navidad completa en tu casa, chiquita?

VICKY.—No, señor, voy a ir con mi tía que es millonaria.

MANUELA.—¿Ay, sí? ¡Qué bueno!

VICKY.—¿Verdad? Tiene un convertible bárbaro y mi primo da unas curvas... (*Da manotazos y hace gesticulaciones raras.*)

ABUELO.—(*Extra bostezando, tiene largas barbas, lleva bastón y un brazo enyesado.*) Buenos días, José.

JUANITO.—Abuelito...

TITINA.—Son tardes, abuelo.

ABUELO.—¿Tardes?

MANUELA.—Sí, papá, ven y siéntate. (*Le hace seña de sentarse, pero al volverse ve a VICKY que come la manzana alegremente en el sillón del ABUELO.*)

ABUELO.—(*Se acerca y la ve con su monóculo. Luego sonrío y le dice a TITINA.*) ¡Ah, pero si es tu amiguita, je, je! (*A VICKY.*) ¿Quieres correr esa silla

para acá chiquitina? ¡Je, je! (*Señalando una de las sillas del comedor.*)

VICKY.—(*Algo distraída.*) Dirá el sillón, señor. Cómo no, con todo placer. (*Sin levantarse se empuja con los pies con todo y sillón y se planta casi encima de EL ABUELO, dejando un espacio libre junto a DOÑA MANUELA.*)

MARÍA.—(*Entra con la sopa y la pone de mala gana sobre la mesa. Mira a VICKY.*) ¡Ja!...

ABUELO.—(*Corajudo.*) Hijita, temo que no me has comprendido...

JUANITO.—Mejor no insistas ya, abuelo.

MANUELA.—María, tráete aquella silla para que se siente papá.

VICKY.—Oye, y de paso un vaso de agua.

MARÍA.—(*Frenética.*) ¡Sí! (*Va por la silla, la coloca en el espacio que dejó VICKY y sale repelando. EL ABUELO, visiblemente molesto, se sienta en la silla.*)

VICKY.—¡Ay, qué chispa, tiene el brazo enyesado! Pero ¿qué le pasó, señor?

TITINA.—El abuelito discutió el otro día con la policía y se rompió un brazo.

ABUELO.—¡Ah, pero hubieran visto cómo le quedó la cara al comandante!...

VICKY.—¿Es que ha estado en la cárcel lidiando con la policía?

ABUELO.—Y sin razón alguna; ¡pero me he de vengar del causante a como dé lugar!

VICKY.—¿Pero usted en la cárcel a su edad?

ABUELO.—(*Indignado.*) ¿Qué culpa puedo tener si, al regresar el otro día de Chapultepec con Juanito, como a las seis de la tarde, me encuentro con un mitin a la entrada de mi casa y algunos patrulleros dando palos y llevándose a la gente? Desde luego que a mí me indignó que un pelma policía de esos intentara raptarme, y con toda la razón del derecho humano y el perdón de Dios. le he

arreado... que si ya salió él y otros tres agentes más del hospital... es un verdadero milagro.

VICKY.—¡Qué vaciadez! ¡Ja, ja, ja!... ¿Y qué le pasó a Juanito?

JUANITO.—Nada de risa, ¡bah!

DON JOSÉ.—Pues el niño logró esconderse, y cuando la policía se los llevó a todos se vino para acá. El fue quien nos avisó.

TITINA.—Y tuvimos que pagar la fianza para que dejaran salir al abuelo.

ABUELO.—Como que ya me habían encasquetado la camisa de fuerza. ¡Ah!, pero eso sí, les zumbé hasta a unas monjas que querían practicar en mí sus obras de caridad. ¡Je, je, je!

MANUELA.—¿Cómo te sientes de tu brazo, papá? ¿Ya no te molesta?

ABUELO.—¡Que va! todavía estoy fuerte...

VICKY.—Si está como roble el abuelo, ¿verdad?

ABUELO.—¡Je, je, je!... Ahora lo que me molesta es la cabeza, oigo como campanitas...

VICKY.—(*Interrumpiendo.*) A propósito, señora, tiene que cambiar su timbre por otro nuevo, porque yo creo que el electricista que vino en la mañana no lo arregló bien.

MANUELA.—¡Es el colmo!

VICKY.—Sí, señora; en estos tiempos ya nada resiste, nada dura; en mi casa por eso usamos manita, sólo hemos cambiado una vez la puerta.

JUANITO.—Comprendemos muy bien.

MARÍA.—(*Entra con el guisado y el vaso de agua. Los echa sobre la mesa y se lleva los platos.*) ¡Ja!...

ABUELO.—¡Qué geniecito! (*Alguien golpea la puerta de la calle y María pasa corriendo para abrir.*)

VICKY.—Por eso en mi casa no tenemos servidumbre. (*Hay una pausa, todos callan mientras comen y VICKY comienza a incomodarse.*) ¡Pero qué sillón tan incómodo! ¡Ufff!... Está horroroso, ha de ser del año del caldo.

TODOS.—¡Hem, hem, hem! (EL ABUELO *se atraganta todo corajudo.*)

TITINA.—Era de mi abuelita. (EL ABUELO *saca su pañuelo y se seca unas lágrimas.*)

VICKY.—Con razón murió de un tumor.

TITINA.—No, esa fue mi otra abuelita. Esta murió de parálisis.

VICKY.—Por eso ha de estar tan duro. Tengo la espalda tan adolorida como si me hubiera dado de sentones en una piedra picuda. Es un vejestorio.

JUANITO.—Pues al abuelo le gusta mucho sentarse en él.

VICKY.—Pero el abuelo es más macizo que un roble, ¡Ja, ja, ja!... ¡Ya está tieso!...

MARÍA.—(Por el vestíbulo.) Unos señores que lo buscan, señor.

DON JOSÉ.—Deben ser los regalos. (Sale a ver.)

VICKY.—¿Pero hay regalos? (Rápidamente, se levanta y va a ver también.)

MANUELA.—Andale, papá, ámate. Tómate alguna fruta, alguna manzanita.

JUANITO.—¡Si ya no hay fruta, mamá!

MANUELA.—¡Ay, no es posible!... ¡Si compré veinte pesos!

TITINA.—No la han de haber puesto toda, mamá; voy a ver. (Va a la cocina.)

VICKY.—(Regresa llevando algunos bultos, los tira al suelo y los revisa sin abrirlos porque la están viendo. Los deja y sale brincando y cantando.) “Jimgunbell, jimgunbell...”

ABUELO.—Hija, debes regañar a Titina, me está haciendo la cama como si el que durmiera en ella fuera un puerco.

TITINA.—(Por la cocina.) No queda ni una cáscara, mamá.

JUANITO.—¡Toda se la tragó la vecina!

MANUELA.—¡Válgame Dios! (Entran VICKY y DON

JOSÉ *cargados de regalos, detrás* MARÍA *con algunos bultos. Los colocan junto al árbol.*)

VICKY.—(Al ABUELO.) ¿A que ni sabes una cosa, señor?

ABUELO.—No.

VICKY.—¿Quién ha estado haciendo que duerma usted tan a gusto?

ABUELO.—¿Cómo?

VICKY.—Sí, a que ni sabe quién le ha hecho su cama tan rica en estos días.

ABUELO.—¡No...!; es decir, sí. ¡Lo acabo de saber en estos momentos!

VICKY.—Es que Titi no sabe bien, las hace muy restiradas y usted que ya es un anciano le deben gustar flojitas.

ABUELO.—Aguadotas dirás. (*Se va a su recámara muy enojado.*)

VICKY.—¿Qué le pasará al abuelo?

TITINA.—Está nervioso.

VICKY.—Eso ha de ser. Yo todas las Navidades me siento muy nerviosa por mis regalos.

TITINA.—Lo comprendo, igual me sucede a mí.

JUANITO.—Pues a ustedes, por bobas; yo siempre voy a escoger los míos.

VICKY.—¡Qué niño más molesto!... ¡Cómo se permite hablar así a sus mayores!

TITINA.—Vente, ayúdame a arreglar el entremés para la cena. (*Se meten las dos a la cocina y MARÍA las sigue muy alarmada.*)

ESCENA III

DOÑA MANUELA, DON JOSÉ y JUANITO *que ponen en orden los regalos y escriben las dedicatorias. Luego, MARÍA.*

MANUELA.—(A DON JOSÉ.) ¿Qué le compraste a doña Leonor?

DON JOSÉ.—Creo que este perfume de “Mary Susie”. (*Se lo muestra.*)

MANUELA.—(*Lo destapa.*) ¡Qué bonito olor tiene!... (*Lo envuelve de nuevo.*)

DON JOSÉ.—Y al gruñón de don Pancracio, corbatas italianas.

MANUELA.—¡Qué bien! ¿Y a Teresita?

JUANITO.—A esa no le compramos nada.

DON JOSÉ.—Es verdad, siempre andan con la niña.

MANUELA.—¿Qué te parece si le envolvemos un collar de fantasía que tengo guardado?

DON JOSÉ.—Anda, pues, ve por él. (*MANUELA sale.*) Mira, Juanito, sácame del armario el anillo de brillantes de tu mamá, ya sabes dónde está.

JUANITO.—(*Está jugando con un cochecito.*) Sí, papá, sólo que yo lo pasé a la caja fuerte, pues lo creí más seguro.

DON JOSÉ.—¡Pero cómo, si la combinación hasta a mí se me olvida! Además, está tan vieja que es muy difícil abrirla.

JUANITO.—Es que tú no sabes el tratamiento, papá.

DON JOSÉ.—Anda, tráemelo, antes que regrese tu mamá. (*Sale JUANITO.*)

MARÍA.—(*Desde la puerta de la cocina, muy angustiada.*) ¿Dónde está la señora?

DON JOSÉ.—Está ocupada, ¿qué sucede?

MARÍA.—¡Ay, señor, las niñas!...

DON JOSÉ.—¿Qué tienen las niñas?

MARÍA.—Que quieren hacer ensalada de pollo, y como no hay, van a picar el pavo.

DON JOSÉ.—¡Cómo! No se lo permita de ningún modo. Echemelas para acá.

MARÍA.—Es que...

DON JOSÉ.—¡Pero corra, o va a ser demasiado tarde!

MARÍA.—Ya empezaron. (*Se mete a la cocina.*)

DON JOSÉ.—¡Qué niñas!...

JUANITO.—(*Vuelve muy serio.*) ¡Papá!

DON JOSÉ.—¿Qué pasa?

JUANITO.—Que tienes razón.

DON JOSÉ.—No te entiendo.

JUANITO.—Sí, que la caja fuerte está muy vieja y oxidada y está muy duro abrirla.

DON JOSÉ.—Bueno, sí, ¿pero sacaste el anillo?

JUANITO.—Esa es la dificultad, que no se abre.

DON JOSÉ.—¿Que no se abre? ¡Cómo! ¡Válgame Dios! (*Sale por el pasillo.*)

JUANITO.—Lo que me preocupan son mis colores de agua. (*Se va tras su papá. Poco después entra DOÑA MANUELA con un collar de fantasía en la mano.*)

MANUELA.—José, ¿dónde estás? (*Suenan unos martillazos y un fuerte ruido que la asustan, pega un grito y lanza al aire el collar, que queda colgado del arbolito.*) ¡Ay...!

DON JOSÉ.—(*Regresando con Juanito.*) ¡Fue un milagro de Dios!

MANUELA.—¿Qué?

JUANITO.—Que hayamos logrado sacar de la vieja caja fuerte el anillo de brillantes que te va a regalar de Navidad mi papá.

MANUELA.—¿Qué?... ¡Ay! (*Se desmaya de la emoción.*)

DON JOSÉ.—¡Si era sorpresa, hombre! (*Levanta a su mujer y la recuesta en el sofá.*)

JUANITO.—¡Ay, ya metí la pata!

DON JOSÉ.—(*Reanimándola.*) Vamos, no es para tanto.

VICKY.—(*Entra con TITINA.*) ¿Le ayudo con los regalos, señor?

DON JOSÉ.—(*Estremeciéndose.*) No, mira, ya he terminado, sólo me falta poner este nombre. (*Va hacia el arbolito y deposita el pequeño estuche que va a regalar a su mujer.*)

VICKY.—Bueno, señora, quedó delicioso el entre-